

# San Isidro

Rodolfo Bucio

ERA UN SÁBADO ESPECIAL, que habíamos esperado casi dos semanas. Tras golear a todos nuestros rivales, con marcadores escandalosos, íbamos a medirnos al único colegio que iba invicto junto con nosotros en la Liga Aquiles Ratti.

En lugar de ir a la Magdalena Mixihuca, lugar en que habíamos jugado el resto de los encuentros, esta vez nos llevaron en un autobús especial a San Isidro, donde había infinidad de campos de fútbol.

San Isidro era un pueblo a uno o dos kilómetros pasando Azcapotzalco, rumbo a Ciudad Satélite. Era un lugar famoso por su camposanto, alrededor del cual se tejían las típicas historias sombrías.

El ambiente en el camión, rumbo al encuentro, era festivo. El entrenador, sobándose la gran panza, estaba seguro de que ganaríamos, coronándonos campeones. Sólo nos faltaba el último estirón. Hasta con un empate teníamos la copa en la bolsa, pero todos queríamos triunfar. Echamos varias porras a nuestra escuela y al maestro que nos entrenaba.

Al salir del pueblo de Azcapotzalco comenzaban las milpas y uno que otro arroyuelo. Cerca del panteón el panorama cambió. En lugar de pasto había terregales, extensiones grandes de polvo y más polvo. El camino pavimentado se terminaba. La tierra nos obligó a cerrar las ventanillas.

\*

El campo en que nos tocó jugar estaba a un costado del panteón. Una barda delimitaba las tumbas de la calle sin pavimentar. Al bajarnos, alguien me dijo que sintió escalofrío. Me reí de esa ocurrencia, aunque en el fondo casi podría haber dicho lo mismo.

El equipo contrario ya estaba allí. En lugar de camión foráneo habían llegado en autos y camionetas particulares.

Eso hablaba de sus posibilidades económicas. En nuestra escuela unos pocos tenían coche, pero no iban a prestarlos para llevar al equipo de fútbol a sus compromisos. Hacia la Ciudad Deportiva había transporte, a donde todos llegábamos en los camiones públicos. Sólo que a San Isidro no había cómo llegar.

Calentamos e hicimos ligeros ejercicios. El entrenador nos juntó cerca de una de las porterías. Allí arracimados escuchamos sus palabras de aliento. Cuando sonó el silbato, estábamos seguros de ganar.

\*

Fue el encuentro más difícil de la temporada. Durante ochenta minutos ambos equipos nos habíamos anulado uno al otro, sin poder anotarle al rival. Faltando cinco minutos adelantamos líneas, buscando ganar, pese a que un empate bastaba. Mis compañeros asediaban la portería local. El entrenador, a gritos, me dijo que me quedara como último hombre.

Hasta antes de ese partido, a lo largo de quince encuentros, sólo nos habían anotado tres goles. Éramos la defensa menos goleada. Así que me paré afuera del círculo de la media cancha, en nuestro terreno, lejos de mi posición habitual de lateral derecho. Había un sol maravilloso.

De pronto uno de los defensas contrarios despejó largo. Otro de sus compañeros, fuera de su área grande, controló el balón, levantó la cara, vio que sólo yo cuidaba al extremo izquierdo, que era su jugador más veloz, y pateó con todas sus fuerzas la pelota.

Corrí hacia la bola, intuyendo la maniobra. Si lograba pasarme, era hombre (bueno, niño) muerto. Alcancé a pegarle al balón, con tan mala suerte que le rebotó al rival en



el estómago. El esférico salió rumbo a nuestra portería, ya con menos fuerza.

En lo que di la vuelta, aquel niño me sacó por lo menos cuatro pasos de ventaja. Lo alcancé pronto, cerca de la banda. Y corrí junto a él, sin atreverme a más. Comencé a oír los gritos del entrenador:

—¡Bárrete! ¡Bárrete!

Seguí corriendo. Me imaginé barriéndome, sin lograr quitarle la pelota, con las rodillas rotas, llenas de sangre. Decidí correr junto a él, buscando una mejor oportunidad para meter el pie y tratar de quitarle el balón.

—¡Bárrete! ¡Bárrete! —insistían ahora mis compañeros.

Estuve a punto de hacerlo, pero cuando decidí que era el momento, el otro niño pateó el balón lo más fuerte posible, venciendo por arriba a nuestro portero.

Caí de rodillas. Me derrumbé al ver el gol. El entrenador, mis compañeros y todos quienes iban con nosotros comenzaron a maldecir. A maldecirme.

—¡Por qué no te barriste?! —me preguntó ofendido nuestro defensa central.

Levanté el rostro. Lo miré. Me alcé de hombros. Dos minutos después el árbitro decretó el final del partido. Habíamos perdido el encuentro. También el campeonato.

\*

Fue una de las derrotas más amargas de mi vida. Noté el rencor en los ojos de todos. Escuché aislados los reproches que se cuchicheaban, sentí las miradas que me reclamaban no haberme barrido.

Caminé hacia el autobús y subí, oyendo el ruido de los tacos metálicos de mis zapatos contra la lámina. Caminé con más cuidado, tratando de no caerme. Bajé mi mochila del portaequipajes, la abrí y vi el succulento melón que mamá había guardado en una bolsa de plástico, junto a una cuchara y un pequeño cuchillo. Salí del camión. Miré a mis compañeros. Nadie se atrevía a subir. Se mantenían platicando, resistiéndose a irse.

Abrí el melón con el cuchillo. Tiré las semillas al polvo. Varios árboles daban buena sombra en ese lugar, donde estaba estacionado el autobús. El clima era mejor afuera que adentro. Pero volví a entrar. Me senté junto a la ventanilla y corrí el vidrio. Miré mis piernas lampiñas.

Cerca se veía el panteón. Destacaban algunas cruces y monumentos mortuorios. Y ahí estaba yo, comiéndome la mitad de un melón. Tragándome junto a la fruta pulposa la impotencia, el sentimiento de haber fracasado en una de las decisiones más importantes de mi corta existencia.

Desde ese día no he podido practicar deporte alguno sin sufrir, sin que recuerde y algo se me desgarre por dentro. No importa cuál sea; y los he practicado casi todos. Pero algo me enerva, me transporta a la amargura de esa ocasión en que estaba solo, cuando mis amigos me abandonaron por haber fallado.

Mientras miraba a través de la ventanilla del autobús las puntas de las cruces, nunca imaginé que nueve años después regresaría a ese panteón a enterrar a papá. Y nueve más tarde a sepultar a mamá. Entonces no lo comprendí, pero algo más fuerte que yo me une a ese sitio. No he cambiado de lugar, sólo he dado vueltas sin sentido. Nunca he bajado de aquel autobús de mi derrota, en San Isidro, frente al panteón. No pude evitar que perdiéramos, como tampoco supe qué hacer para que mis padres no murieran.

El dolor adjetivará siempre mi vida. •

RODOLFO BUCIO estudió filosofía en la UNAM. Fue becario del INBA y del Centro Mexicano de Escritores en narrativa. Su más reciente libro es *Geoda* (UAM Xochimilco, 2000).